

HERMANA TERESITA RAMÍREZ VARGAS FEBRERO 28 DE 1989

Aquellas muertes que hicieron resplandecer la vida

Javier Giraldo Moreno S.J.

http://www.javiergiraldo.org/IMG/pdf/Aquellas_Muertes.pdf



El 5 de agosto de 1987 había llegado a Cristales, para vincularse a este proyecto evangelizador, la Hermana Teresita Ramírez Vargas. Nacida en La Ceja (Antioquia), en 1947 en un medio campesino, fue la penúltima de 8 hermanos, e ingresó en 1964 a la Compañía de María, pronunciando sus votos solemnes, después de los años de formación, en diciembre de 1975. Su preparación académica la hizo en la Normal Antioqueña de Señoritas, en Medellín y en la Universidad Pontificia Bolivariana, donde obtuvo su Licenciatura en junio de 1987.

Teresita ejerció su acción evangelizadora en diferentes lugares, con preferencia entre los pobres: en el barrio Doce de Octubre de Medellín y en el barrio El Bosque de Barranquilla, un poblado de invasión, donde estuvo alrededor de 8 años.

Llegó a Cristales con la actitud de quien quiere encarnar a Dios a través de la bondad, entre sus hermanos más pobres. Por eso su diario caminar contagiaba alegría, sencillez, cercanía, compromiso. Su tarea proyectaba inquietud y actividad constantes para que fueran mejores las condiciones de vida; reflejaba entrega incondicional, desinteresada. Varias veces en la semana, después de trabajar con los alumnos en clases, se desplazaban a las veredas para compartir la vida de los campesinos.

Con entereza y capacidad de sacrificio afrontaba gozosamente las dificultades, inclemencias y circunstancias adversas de tiempos y lugares. Eran proverbiales su sencillez y solidaridad con los más pobres, su capacidad para escoger el último lugar, para aceptar la postergación y el pasar inadvertida.

En mayo de 1988 se preparaba en varias regiones del país, entre ellas el nordeste antioqueño, una marcha campesina. Sacerdotes y religiosas de la zona, después de hacer un cuidadoso discernimiento, decidieron hacerse presentes de alguna manera en apoyo a los campesinos. Si les habían hablado de justicia, de participación y de organización, no podían dejarlos solos en momentos tan críticos. Por su parte, los campesinos habían elaborado un pliego de reivindicaciones que eran de elemental justicia; pedían satisfacción a las necesidades más básicas de la región: agua, electricidad, educación, atención a la zona, y hasta el nombramiento de párrocos. Escogieron, como sitio de concentración, el municipio de Cisneros.

Varios sacerdotes y religiosas se dieron cita en Cisneros, atendieron a los campesinos afectados por la larga marcha, en especial a mujeres y niños; ejercieron mediaciones para conseguir aulas escolares donde los campesinos pudieran descansar, o para evitar atropellos o desbordamientos de violencia en momentos de alta tensión.

Teresita estuvo allí y ante la detención, en la estación de Sofía, de los organizadores de la marcha, se vio forzada a ejercer ciertas funciones, como dirigirse al Comandante para exigir respeto y buen trato para los participantes en la marcha, ya que no había porqué dar “bolillazos” o empujar, cuando todo se hacía de manera pacífica y se estaban haciendo demandas justas: servicios de agua, luz, educación, atención a la zona, y nombramiento de párrocos para los lugares que no los tenían.

Entre tanto el contingente militar llegó a Puerto Berrío para reprimir la marcha; un oficial alto y moreno identificó a Teresita por su nombre y su trabajo en Cristales. Otros oficiales del Ejército en traje de civil, entraron a tomar abundantes fotografías dentro de la escuela donde se alojaban los campesinos.

Durante los meses que siguieron a la marcha, varias veredas de Cristales fueron militarizadas y las fuerzas armadas cometieron atropellos sin nombre contra los campesinos. El 8 de julio del 88 un comando del Ejército ocupó un predio donde existía una comunidad campesina organizada, varios de los campesinos fueron maltratados en forma ignominiosa hasta la brutalidad, para con ello intimidarlos y poder mantener en la región un régimen de terror. En agosto de 1988 apareció una inscripción misteriosa en las paredes del pueblo: “Pronto Cristales estará de luto”. Esto era apenas un signo de la zozobra que se vivía desde la marcha campesina.

Allanamientos en el pueblo y en las veredas, hostigamiento a profesores del Liceo, amenazas veladas, todo esto comenzaba a ser leído sobre el telón de fondo del asesinato del P. Jaime y de las torturas y los atropellos a los campesinos. Gentes extrañas comenzaron a llegar al poblado al anochecer y lo abandonaban al amanecer. Una noche, un soldado pasado de copas, declaraba en una heladería que había una lista de veinte personas para matar.

Por los caminos que transitaban las Hermanas para ir a sus reuniones en las veredas, comenzaron a aparecer camperos y motos extraños a la zona, desde donde eran cuidadosamente observadas. Todo presagiaba las vísperas de momentos dolorosos.

El Martirio

El 28 de febrero de 1989, la Compañía de María celebraba los 90 años de su presencia en Medellín. Para la ocasión se había preparado una celebración de familia. Las Hermanas de Cristales se desplazaron a Medellín

para compartir ese momento de Acción de Gracias al Señor. Teresita regresó el lunes 27 para no dejar a los alumnos del Liceo sin clase.

En la mañana del 28 de febrero, llegó a Cristales un campero Toyota, último modelo, de placas LC8031, con cinco hombres jóvenes a bordo, vestidos de civil, quienes ingirieron algunas bebidas y preguntaron por el Párroco y la religiosa responsable de expedir las partidas de Bautismo. Ellos no se encontraban. Entonces tres se entraron al carro y dos se dirigieron al Liceo donde preguntaron por la Rectora. Ante la negativa, replicaron: “¿hay alguna de las Hermanas?”. Los condujeron entonces hasta el salón donde Teresita dictaba clase.

Teresita dialogó unos minutos con sus victimarios y éstos, al parecer, le pidieron que anotara algo. Ella entró un momento al salón para traer una hoja de papel y entre tanto los sicarios se colocaron, cada uno a un lado de la puerta del salón. Cuando ella volvió a cruzar la puerta, le dispararon a quemarropa. Eran las 11:20 am. En ese mismo momento, en Medellín, se llegaba al ofertorio de aquella Eucaristía que conmemoraba los 90 años de presencia de la Compañía allí.

Teresita fue llevada agonizante hacia el Hospital de San Roque, pero en el camino falleció.

Desde Cristales trataron de comunicarse con la central de teléfonos de San José de Nus pero no respondían. También del Comando de la Policía de San Roque trataron de comunicarse con la estación de Policía de San José del Nus, utilizando el radioteléfono, pero tampoco respondieron. Siempre las comunicaciones habían sido muy buenas. Esto se hizo extraño dado que era el sitio más adecuado para interceptar a los sicarios. ¿Gozaban éstos de una “misteriosa” protección para eludir la acción de las autoridades, y aun más, para detenerse en la estación de Providencia y asesinar a otras personas? Entre ellas dos campesinos que participaron activamente en la Marcha de Mayo.

En mayo de 1990, un civil que había trabajado durante 20 años como auxiliar del Ejército, vinculado a grupos paramilitares, se presentó en la Curia Arquidiocesana de Medellín y reveló numerosos datos sobre acciones delictivas del Ejército especialmente de la XIV Brigada con sede en Puerto Berrío (Antioquia.). Allí señalaba al Sargento Aurelio Benavides (conocido entre los paramilitares con el alias de “Carlos”) como el militar que dio la orden de asesinar a Teresita.

En el cuarto de Teresita quedó visible el último libro que había leído: “El Sicario”, de Mario Bahamón Dussán, cuya dedicatoria dice: “A un lector, que será la próxima víctima”.

Sobre el tablero, en el salón de clase, quedó escrito con tiza, el texto que utilizó para enseñar los signos de puntuación: “La emoción por la patria: // banderita de Colombia, //mi banderita querida, //porque no te rindas, // iyo daré hasta la vida!”.

En los alumnos y profesores quedó la marca imborrable de su testimonio, de su compromiso y de su alegría. En los campesinos, la vida que ella les entregó, como semilla del Evangelio, fecundada con la fuerza de su sangre.

Parafraseando el texto de Jesús, algunos alumnos después de su muerte dijeron: “ella dio su vida por nosotros”. Teresita entregó así su vida a Jesús, como víctima de la confabulación de los poderes de este mundo contra un proyecto de evangelización integral de los oprimidos.

De nuevo las palabras de Evangelio se hacían realidad dramática en nuestra historia cercana: “El servidor no es más que su Señor, si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes”. (Jn. 15,20)